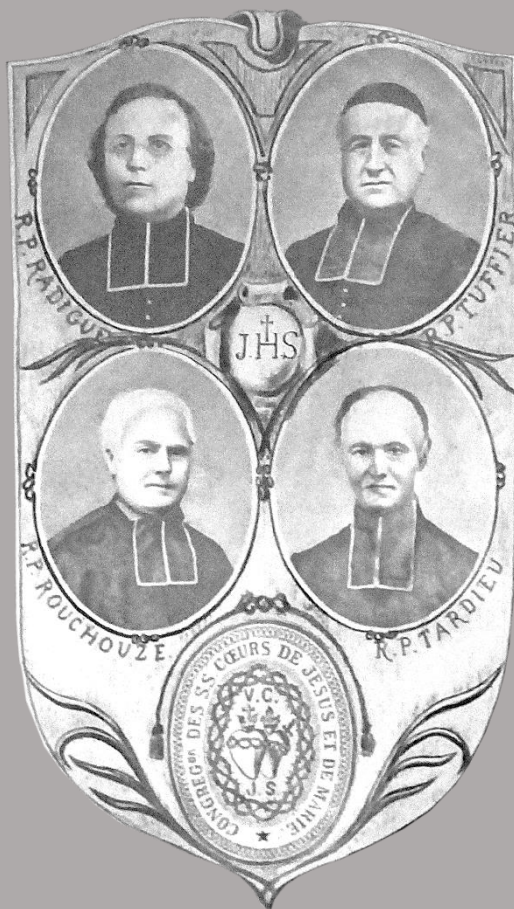


Cuadernos de Espiritualidad - nº 23

Traspasados por amor a la Iglesia

Alberto Toutin ssc



Congregación de los Sagrados Corazones

TRASPASADOS
POR AMOR A LA IGLESIA

Alberto Toutin ssc

Cuadernos de Espiritualidad - n° 23

2022

Comité de Redacción

La Comisión de Patrimonio Espiritual e Histórico:

María Beatriz Montaner ssc

Derek Laverty ssc

Éric Hernout ssc

Andrzej Łukawski ssc

Sudhir Nayak ssc

Fernando Cordero ssc

Damos las gracias a Alberto Toutin ssc que amablemente ha colaborado escribiendo este texto. Hacemos especial mención de los traductores y del secretariado.

*En memoria del P. Henri Planchat rsv
y de nuestros Hermanos
Ladislav Radigue ssc
Polycarpe Tuffier ssc
Frézal Tardieu ssc
Marcellin Rouchouze ssc*

ÍNDICE

Introducción.....	7
Henri Planchat rsv.....	22
Ladislav Radigue ssc.....	24
Polycarpe Tuffier ssc.....	29
Marcellin Rouchouze ssc.....	31
Frézal Tardieu ssc.....	33
Para continuar nuestro camino.....	36

INTRODUCCIÓN

Nos reunimos para recordar con agradecimiento a nuestros hermanos que dieron la vida por “la gloria de Dios y la salvación del mundo”. Derramaron su sangre, unidos en comunión con monseñor Darboy, el padre Jean Marie Sabatier de la diócesis de París, el seminarista Paul Seigneret, los padres jesuitas Olivaint, Decoudray, Caubert, Clère y de Bengy y el padre dominico Louis-Raphaël Captier y sus hermanos Bourard, Cotrault, Delhorme, Chatagneret. Y también a todos los que murieron durante esta “Semana Sangrienta”. Una guerra civil es una guerra fratricida en la que solamente hay vencidos y heridas abiertas para siempre.

Pensando en nuestros hermanos, vemos que se enfrentan a esta última elección ante una muerte, no sólo ineludible, sino que les sobreviene con violencia y menosprecio. La vida es un gran bien precioso y frágil a la vez. Los violentos lo saben y pueden apoderarse de ella, maltratarla, incluso destruirla. Pero a lo que no pueden llegar es al corazón de las personas, donde habitan las opciones más profundas, los sentimientos más arraigados. Del corazón, como de una fortaleza inexpugnable, brota el sentido, el valor que cada uno da a los acontecimientos de la vida, por más violentos y oscuros que puedan resultarnos.

Por fidelidad al Señor Jesús, eligieron amar en la adversidad, hacer donación de sus vidas en el mismo momento en que caían

fusilados, cumpliendo así el amor cristiano que consiste en llevar cada día la cruz y seguir al Señor. La cruz no es una fatalidad y mucho menos una desgracia padecida. Es la consecuencia de una forma de amar, como Jesús, participando en los sufrimientos de aquellos a quienes queremos amar como él, a pesar de todo y hasta el final.

Es una forma de amor que se nutre lentamente en el fuego de la amistad con el Señor Jesús; una amistad cultivada en el servicio diario, en el estudio y la meditación de su Palabra, en la oración, en la fascinante y a veces ardua construcción de la fraternidad. Esta amistad con Jesús no pone a los que lo aman al abrigo del mal; menos aún oculta su fragilidad; sino que los pone en condiciones que, en diferentes momentos de la vida, a veces incluso en las condiciones más oscuras, sus discípulos sean, una vez más, captados por el Señor Jesús, que los ama incondicionalmente en su fragilidad, y los impulsa a amar como él a pesar de todo.

Esta forma de amor se inscribe en la trama de una larga historia de amor que nos precede y nos hace llegar a ser lo que somos. Jesús se inserta en ella y teje su historia en la trama de nuestras existencias, de modo que lleguemos a ser lo que él quiere que seamos: sus hermanos, sus amigos, hijos amados como él por su Padre y nuestro Padre. La filósofa Simone Weil habla de esta larga historia de amor, a menudo sostenida por mujeres, que hace germinar en nosotros esta capacidad y este deseo de amar tomando parte en los sufrimientos de quienes amamos.

“Una madre, una esposa, una novia, que saben en la angustia a aquel a quien aman y no pueden ni socorrerlo, ni encontrarse con él, querrían al menos, padecer sufrimientos equivalentes a los suyos para estar menos separadas de él, para aliviarse de la carga tan pesada de la compasión impotente”¹.

Pero hay un salto de excelencia en esta capacidad de amar cuando, tocado por el amor de Cristo, alguien transforma y despliega su capacidad de amar hasta el punto de hacerle responsable de la fragilidad de los demás y de empujarlo a amar incluso a sus enemigos, los que lo odian y lo crucifican. Darboyn muere perdonando a los que le acribillaban de balas. En el fondo es consentir que, en nuestra carne vulnerable y frágil, a pesar de nuestros miedos, a pesar de lo que se presenta como ineludible e irracionalmente violento, Cristo continúe amando a través de los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia.

Precisamente frente a esta forma de amor Simone Weil permanece en admiración cuando habla de la forma en que Cristo ama y en que aquellos que, siguiéndole, hacen lo mismo:

“Trasladar el propio ser al de un desdichado es asumir por un momento su desgracia, es tomar voluntariamente aquello que esencialmente consiste en una imposición

¹ Simone Weil, “L’amour de Dieu et le Malheur” en *Œuvres*, Gallimard Quarto, París 1999, 715.

por la fuerza y contra la propia voluntad. Y eso es un imposible. Sólo Cristo lo ha hecho. Cristo sólo puede hacerlo y los hombres en los que Cristo ocupa toda su alma. Esos, al trasladar su propio ser al del desdichado que socorren, meten en él, no su propio ser, porque ya no lo tienen, sino a Cristo mismo”².

El itinerario de nuestros hermanos nos permite profundizar su elección de vivir y de amar así: ¿Cómo han podido llegar a amar hasta este punto? Además, experimentando en su carne el enigma de la violencia que se desata contra ellos, contra la Iglesia y sus miembros, llegar a preguntarse: ¿Por qué nos rechazan tanto?

Y cuando la muerte se hace cada vez más inminente, ¿cómo se han preparado entonces? ¿Con qué recursos espirituales han contado?

¿Por qué nos atacan?

Ladislav Radigue, superior de la comunidad de Picpus, escribe sus impresiones en una carta del 1º de mayo de 1871, desde la prisión de Mazas, al Superior General, Sylvain Bousquet, en Versailles, cuando los comuneros irrumpieron en Picpus el 12 de abril a las 4 de la tarde. Sabiendo que otras comunidades

² Simone Weil, “L’amour de Dieu et le Malheur” en *Œuvres*, Gallimard Quarto, Paris 1999, 710.

religiosas -Jesuitas, Dominicos, Padres de san Sulpice- habían sido asaltados por los comuneros, en Picpus se creían un poco a salvo, porque se trataba de una congregación de perfil bajo, situada al margen de la ciudad:

“¿Podíamos pensar que nosotros, los últimos de todos, ignorados por todo el mundo, situados en el extremo de París, donde todo estaba tranquilo, tendríamos que correr peligro? Tres delegados de la Comuna ya se habían presentado en nuestra casa para preguntarnos si teníamos armas. Ante mi respuesta negativa, fueron a hacer la misma pregunta a nuestras Hermanas, siempre en los términos más correctos. Por ello, yo había llegado a la conclusión de que no teníamos nada que temer de la administración, que el peligro podía venir solamente de una revuelta popular, pero que en nuestro barrio siendo muy tranquilo, no estábamos expuestos”³.

Unos días antes, un gesto decía mucho sobre el giro que estaban tomando los acontecimientos de la comuna. El 30 de marzo de 1871 los comuneros escalan la cúpula de la iglesia de santa Geneviève, sierran el brazo horizontal de la cruz e izan una bandera roja: “la bandera del trabajo, de la paz y de la igualdad”⁴.

³ “Carta del P. Ladislas Radigue al Superior General Sylvain Bousquet” (París, Prisión de Mazas, 1 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, Roma 2020, 667.

⁴ *Journal officiel* du 31 mars 1871, 112.

Un gesto que se inscribía en un fuerte movimiento, sobre todo antieclesial, percibido por algunos pensadores como una institución, cuya influencia sobre las costumbres y la vida social impedía a la sociedad avanzar hacia un futuro de progreso prometido por las ciencias y cuya jerarquía obstaculizaba el deseo de una sociedad más igualitaria. Este debate que ponía en tela de juicio a la Iglesia y a sus representantes no era nuevo. Era también el resurgimiento de un malestar que ciertos sectores de la sociedad sentían con respecto a la Iglesia; malestar vehiculado por la prensa y realzado por caricaturas y a veces, ya entonces, “fake news” que circulaban y encontraban eco y amplificación en una especie de anticlericalismo callejero.

¿Cómo comprender esta diferencia de percepción existente entre el Prior de la comunidad de Picpus y el giro, una vez más anticlerical, que tomaban los acontecimientos de la comuna?

La verdad es que no fue una falta de información. Desde su instalación en Picpus, la comunidad había vivido la irrupción de los insurgentes en 1830 y en 1848. Por otra parte, la ciudad de París salía de un largo período de asedio por las tropas prusianas, desde el 19 de septiembre de 1870 hasta el 26 de febrero de 1871. Durante los bombardeos de la ciudad por las fuerzas prusianas, a finales de diciembre de 1870 y principios de enero de 1871, Picpus, al igual que otras congregaciones religiosas y miembros del clero diocesano, había abierto sus puertas para albergar un hospital de campaña. Durante los días de respiro entre finales de febrero y principios de abril, gracias al bien

hecho “sin ruido” en el recinto de Picpus, fuera de la ciudad, no había lugar para temer una irrupción intempestiva de las milicias de la comuna.

Sin embargo, la dureza de los hechos iba a manifestarse de otro modo: el asedio de la ciudad la había puesto de rodillas, su abastecimiento se hacía difícil. Además del hambre que afectaba a los sectores más pobres de la población, existía el amargo sabor de la derrota de las fuerzas francesas ante las fuerzas prusianas por el armisticio firmado con Bismarck. Y después la chispa que acaba por hacer estallar el polvorín: la decisión del presidente provisional Adolphe Thiers de suprimir el sueldo de las tropas de la Guardia Nacional apostadas en París; estos soldados se convertirán, en su mayor parte, en los soldados federados de la Comuna.

Podemos, pues, imaginar el “cocktail Molotov” que producía la hambruna, la falta de suministros, la derrota, las medidas de austeridad y la falta de reconocimiento, en el plano económico, de las tropas de la Guardia Nacional. Demasiadas desgracias hervían en los vientres y las mentes de amplios sectores de la población. Para volver soportable la desgracia y ganar la cohesión de un grupo, ayuda tener un enemigo común, un “chivo expiatorio”. La Iglesia volvía a ser de nuevo el blanco expiatorio de este profundo malestar social. Más que un malestar contra la fe, este período turbio incubaba y manifestaba una exasperación anticlesial, sobre todo anticlerical.

¿De qué se alimentaba esta exasperación antieclesial, anticlerical?

Se tenía la impresión de que la Iglesia dedicaba más energía, recursos y personal a los grupos acomodados de la sociedad, más que a los desfavorecidos. Un nuevo grupo social emergía en las grandes ciudades, entre ellas, París, es decir, la población obrera o el “proletariado industrial”. A este respecto, los datos son bastante impresionantes, porque este proletariado industrial estaba compuesto no sólo por hombres adultos, sino también por mujeres y niños, a partir de ocho años; con largas y agotadoras jornadas de trabajo, de más de 12 horas; estas horas fueron limitadas por la Ley de 22 del marzo de 1841, a 8 horas para los niños de 8 a 12 años, y a 12 horas para los niños de 16 años de edad.

Por otra parte, las medidas de rehabilitación de la ciudad, impulsadas bajo Napoleón III por el prefecto de París, el barón Hausmann, habían tenido como precio el desmoronamiento del tejido social y la expulsión de la población obrera a los extremos de la ciudad.

La Iglesia en su red pastoral no conoce bien lo que ocurre en el seno de estas poblaciones. Su predicación demasiado teórica y abstracta no conecta con su sensibilidad y su desconcierto. Estas poblaciones se sienten abandonadas por todos, por el Estado y por la Iglesia, a pesar de que en algunos pastores y religiosos existe una creciente preocupación por la descristianización de estas masas obreras. En suma, éstas no se sienten en casa en la Iglesia.

Desde la revolución de 1848, la ruptura o fractura social entre las clases ricas y el mundo de los trabajadores no cesa de ahondarse. El mundo burgués (al que estaba asociado el clero) y el proletariado industrial son dos mundos que no se unen, que se ignoran y desconfían el uno del otro. Pocas mentes clarividentes han percibido los seísmos que se agitaban en esta fractura social. En 1868, Charles de Montalembert había lanzado una advertencia a los pastores de la Iglesia ante este fenómeno de malestar que se agitaba en esta población y que podía hacer erupción y derramarse contra los miembros de la Iglesia.

“El interregno de quince años que han sufrido nuestras libertades más esenciales ha preparado una revolución en la que las crisis de 1830 y 1848 parecerán juegos de niños. Mil síntomas más claros que el día demuestran que esta revuelta futura tendrá como consigna una explosión de irreligión [...]. Lo que no quiere decir que respetará más el orden público, el espíritu de familia, la propiedad, la moral; por el contrario, es a los miembros del cuerpo social a los que matará golpeando en el corazón”⁵.

⁵ Montalembert, 25 mayo 1868, citado por Édouard Lecanuet, *L'Église de France sous la troisième République*, París 1910, 44-45; artículo de Jacques Gadille, *La place des catholiques dans l'opinion conservatrice française*, en *Pariser Historische Studien*, París 1990, 309.

Esta triste constatación de la descristianización creciente del proletariado industrial con sus consecuencias en el tejido social se encuentra todavía, casi 100 años más tarde, en los clérigos Henri Godin e Yvan Daniel en el libro *Francia, país de misión*, publicado en septiembre de 1943. No ahorran palabras para describir esta situación como la apostasía por parte de la Iglesia de su pastoral del mundo obrero ⁶. No se quedan allí; porque por sus contactos con este mundo muestran también signos de esperanza en muchos obreros, que son encuentros que no hay que perder, ya en aquella época, para acercar la Iglesia a este mundo; como esta otra figura de proa en pastoral del medio obrero, Madeleine Delbrêl, para hacer la Iglesia más amable y amante.

Exploradores que permanecen en la brecha

Un grupo de jóvenes laicos católicos más sensibles a la situación de la población obrera, entre los cuales laicos como Emmanuel Bailly, Frédéric Ozanam, Jean-Léon Le Prevost, Maurice Maignen, quieren acercarse a estas poblaciones, ponerse en

⁶ “Tenemos en nuestras parroquias populares de las grandes ciudades entre un 15 y un 20% de personas que simpatizan con el cristianismo, de las cuales entre un 5 y un 10% están tocadas por la comunidad cristiana y son más o menos practicantes (al menos en Semana Santa). Pero si excluimos de esta cifra los elementos no populares, el porcentaje rara vez supera el 2% y disminuye a medida que descendemos a los estratos inferiores. Uno de nosotros fue desafiado a encontrar doce verdaderos trabajadores manuales que fueran buenos cristianos en la popular parroquia de 40.000 habitantes en la que es vicario, y nunca pudo cumplir el desafío. ¿Es esto absolutamente inaudito?” Henri Godin-Yvan Daniel, *La France, pays de mission?* París 1943, 65.

contacto con ellas. Sor Rosalie Rendu (1786-1856), religiosa de la Congregación de san Vicente de Paúl, los hace venir al barrio Mouffetard, donde acompaña a los pobres. Su inquietud inicial es acompañar a estas poblaciones, especialmente a los niños, y conducirlos al encuentro con Dios. Desean también que algunos sacerdotes los acompañen en este apostolado y “que, en la caridad y humildad del Señor Jesús, quieran aceptarnos como hermanos y amigos”⁷. Es ya una hermosa intuición de presencia cercana a los pobres, pero también de relaciones entre laicos y sacerdotes en un mismo terreno, relaciones firmadas de amistad fraterna.

Esta pregunta, que les quema el corazón, les impulsa no sólo a interesarse por los pobres, sino a caminar con ellos; para empezar esto se traduce en una elección de domicilio, de lugar de vida. Para estar cerca de los pobres realmente, los hermanos de san Vicente de Paúl se instalan en el barrio de Grenelle, no el rico beau-Grenelle, sino el barrio habitado por los pobres y los obreros. Después, se convierten con ellos en constructores de puentes o “poetas sociales” que ponen en práctica la “caridad de Cristo” que los habita, a través de múltiples iniciativas. Esto sólo se puede concretar con un cuestionamiento sobre un modo de actuar, respetuoso de los pobres, muy consciente de la grandeza de la misión que los sobrepasa.

⁷ Jean-Léon Le Prevost, Carta N° 208 al sacerdote Levassor, de la diócesis de Chartres, que había pensado unirse a la comunidad, 19 de septiembre de 1850. Archivos generales de los Religiosos de S. V. de Paúl, Roma en *Positio super Martyrio*, 104.

Como escribe Jean-Leon Le Prevost en una bella carta a sus primeros compañeros de fraternidad, Maurice Maignen, Clément Myonnet, M. Louis Paillé:

“Parece que a la gloria de cristianismo le falta haber espiritualizado y ennoblecido la industria moderna, como ha vivificado y levantado el trabajo en todos los tiempos. ¿Es la industria, tal como está constituida hoy, producto de una competencia celosa, de las pretensiones egoístas de unos, de las exigencias injustas de otros, de la codicia de todos, radicalmente perversa y rebelde a toda enmienda? No lo sé, pero viendo la inmensidad del mal, uno se asusta y se siente tentado de creerlo sin remedio”⁸.

Estas cuestiones o desafíos no disminuyen su compromiso con los más pobres. A esta familia de hermanos se une, al día siguiente de su ordenación sacerdotal (23 de diciembre de 1850), el padre Henri Planchat. Una hermosa actualización del Dios que en Jesús toma carne en Nazaret y se hace uno de nosotros. La caridad de Dios-con-nosotros estimula su imaginación pastoral y hace fecundo su apostolado a través de los patronatos, la olla de los pobres, las bibliotecas populares, las escuelas u orfanatos, las pensiones de los trabajadores, una casa para las parejas de edad avanzada, y por supuesto las capillas y oratorios.

⁸ J.-L. Le Prevost, Carta N° 184 a M. Maignen, M. Myonnet y M. Paillé, Duclair, 26 de agosto de 1848 en *Positio super Martyrio*, 106.

En 1869, Jean-Marie Le Prevost relea el camino recorrido hasta entonces y su corazón inundado de caridad apostólica, lo hace arder aún para esta vasta población que permanece fuera de la vida parroquial. La caridad es la que no lo deja en paz, la que lo impulsa a ir a los márgenes, al encuentro de los que viven en ellos. La caridad de Cristo modela también su estilo pastoral de presencia: van allí como hermanos y pobres, entre los hermanos pobres.

“Las necesidades a satisfacer son inmensas, las hemos tomado audazmente (quizás demasiado) en toda su extensión; hemos abrazado todas las edades, desde el niño hasta el anciano; seguimos al pobre y al obrero en su educación, en su trabajo, en sus necesidades espirituales y temporales y hasta en sus diversiones; nos hemos hecho pobres por ellos, hemos compartido nuestra morada con ellos y vivimos como ellos; si hemos ido demasiado lejos, Dios nos lo dirá, pero al menos el fondo esencial de una verdadera vocación religiosa no nos ha faltado, hemos aceptado cordialmente la renuncia y la inmolación”⁹.

¡Cuántas conversiones pastorales se han operado en esta comunidad que quiere servir a los más pobres como Jesús! Han comprobado el cumplimiento de las promesas del Resucitado a su Iglesia, que actúa con ellos, o como dice Simone Weil, discípulos

⁹ J.-L. Le Prevost, Carta N^o 1484 a M. de Varax, Chaville, 6-8 de diciembre de 1869 en *Positio super Martyrio*, 109.

que renuncian a sí mismos y dejan que Jesús ame y repare a través de ellos.

Este profundo deseo de acompañamiento, de proximidad, de amor efectivo a los pobres, es el criterio que ha presidido también el discernimiento que Ladislas Radigue hizo con sus hermanos de la comunidad de Picpus y que los ha llevado a elegir quedarse en París. A pesar de las amenazas de irrupción de los insurgentes en la comunidad, la convicción de ser “útiles a la Iglesia” y, por tanto, de permanecer en París fue la más fuerte. Así es como el P. Ladislas comparte en su carta al Superior General el dilema que tuvo que afrontar en conciencia: dejar marchar a los hermanos para escapar de los registros de los comuneros o bien quedarse.

“Estas consideraciones no me dejaban sin miedo, sobre todo por los sacerdotes, encargados en su mayor parte del ministerio en diversas comunidades. En todas las iglesias de París se hacían los oficios; ¿era necesario dejar a nuestras comunidades sin misas y sin confesiones? No he creído que pudiera hacerlo. Nuestros Padres, que eran todos libres, tampoco lo han pensado. Cada uno ha permanecido en su puesto por dedicación. Se podrá decir que esta entrega ha sido imprudente, pero prefiero que se la califique así antes que constatar su ausencia: ¡más vale ser demasiado celosos que cobardes! - ¿Qué no se habría tenido derecho a decir si todos hubiéramos huido poco antes de ser arrestados?

Hoy, lo sucedido hará decir que habríamos hecho bien; antes del acontecimiento, no habría habido más que un grito de indignación contra nuestra timidez”¹⁰.

La confesión de fe *in extremis*

Al releer las cartas escritas por nuestros hermanos desde la prisión, me ha conmovido ver cómo la reclusión y la cercanía de la muerte han impregnado su consagración religiosa. A medida que se sucedían las largas jornadas, su sensibilidad pastoral se agudiza y su fraternidad se profundiza. En la soledad de los calabozos y también a través de los raros intercambios con los otros compañeros de prisión, a través de sus cartas a los hermanos o a parientes, se ayudan mutuamente a profundizar esta dimensión permanente de vida cristiana en su existencia y que brilla paradójicamente en la debilidad y la aparente inactividad: “Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3).

Permitidme que les deje la palabra, como su testamento espiritual. Los sentimientos, los saludos, las confesiones, incluso las oraciones se vuelven cada vez más esenciales. En el fondo, es el compartir de lo que les hace vivir y pronto morir: los hermanos de comunidad o de familia, un padre o una madre, amigas, se convierten en los interlocutores y confesores de la última hora.

¹⁰ “Carta del P. Ladislav Radigue al Superior General Sylvain Bousquet” (París, Prisión de Mazas, 1º de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 668.

HENRI PLANCHAT RSV

En una carta a uno de sus hermanos, el padre Louis Lantiez, Henri Planchat le envía una carta para que se la lea a los niños del patronato que se preparan para la primera comunión. Es el corazón del pastor que no cesa de reforzar los lazos que le unen a sus ovejas. Sin poder celebrar la misa, ofrece sus oraciones por todos, incluida la ciudad de París.

“Vea, si juzga oportuno leer mañana a nuestros queridos niños algo de lo que sigue: Queridos niños, estoy con vosotros de corazón. A cada hora del día sé lo que hacéis durante vuestro buen retiro. Estoy seguro de que rezáis por mí. Por mi parte puedo decir que de las 5:00 de la mañana a las 9:00 de la noche, rezo por vosotros. No es que esté todo este tiempo de rodillas. Vosotros rezáis el rosario caminando. ¡Pues bien! yo hago a menudo lo mismo.

El prisionero está en su estrecha celda abovedada como el pájaro en su jaula. Si quiere hacer ejercicio, tiene que dar saltos a lo largo y a ancho. Cuando camino, no recito siempre oraciones; pero además de muchos rosarios y salmos, todo lo que hago, lo ofrezco por vosotros y por nuestra pobre ciudad de París”¹¹.

¹¹ “Carta del P. Henri Planchat au P. Louis Lantiez” (París, prisión de Mazas, 17 de mayo de 1871 en *Positio super Martyrio*, 662.

Esta es una de las últimas cartas escritas por el padre Planchat (23 de mayo de 1871) a uno de los hermanos más jóvenes, el hermano Dery. Trasladado a la prisión Grande Roquette, siente que la muerte se aproxima. En estas horas cruciales, son una vez más los lazos de amistad con el Sr. Le Prevost, compañero de la primera hora de la aventura de los Hermanos de San Vicente de Paúl, los que arrojan un resquicio de esperanza para “su viejo amigo” -confiesa en su carta: una carta que le daría un gran consuelo-. Seguidamente la carta nos deja entrever las actitudes espirituales con las que H. Planchat afronta su muerte. Finalmente, su carta concluye con una humilde petición de perdón a sus hermanos.

“Si fuera posible, si no hay inconveniente, que me llegara en este momento crítico una buena palabra de mi viejo amigo, el Sr. Le Prevost, ello me complacería.

Hemos podido confesarnos. Ore y haga rezar por todos nosotros, no sólo por mí.

Adiós, mi querido amigo, haga siempre a nuestros queridos niños y a todos, todo el bien que pueda: la recompensa allí arriba es infinita.

Su afectísimo y agradecido amigo,

padre Planchat, sacerdote.

Perdón por todas mis maldades hacia usted y hacia todos”¹².

¹² “Carta de Henri Planchat al Hno. Dery” (La Grande Roquette, 23 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 666.

LADISLAS RADIGUE SSCC

La confesión de fe a partir de la fragilidad física lo lleva a reconocerse, incluso feliz en la adversidad, porque toma parte en su carne en los sufrimientos del cuerpo de Jesús en la Iglesia. Descubre entonces lo que ya sabía, pero cuyas consecuencias pronto se revelarán como un soporte, un “amén” en el que apoyarse en las horas inciertas, es decir, la sobreabundancia de la gracia en la tribulación. En este contexto, los relatos de los Hechos de los Apóstoles o las Epístolas de san Pablo resuenan con viva actualidad. Incluso la adoración eucarística que hace en su calabozo, con su cuerpo orientado hacia las capillas de Picpus, lo une al vasto cuerpo de la Iglesia y de la Congregación en oración.

Escribe su carta con ocasión de la fiesta de la Santa Cruz; ciertamente lo habrá celebrado varias veces en su vida, pero es entonces cuando se siente más unido que nunca a la cruz de Jesús, a sus sufrimientos en los miembros de su cuerpo eclesial. Se da cuenta de que la cruz que toma, unida a las de Jesús, se convierte ante todo en la expresión de un amor hasta el final, fuente de una felicidad discreta e inquebrantable. Los vínculos que lo unen a la congregación son más fuertes que nunca, sobre todo sabiendo que está sostenido por la oración de tantos hermanos y hermanas. Por otra parte, comparte lo que entiende que es la razón de su encarcelamiento: en definitiva, es el cumplimiento de

su profesión religiosa como hijo de los Sagrados Corazones al servicio de los cuales quiere vivir y morir.

“Les diré primero que he sido sometido a una prueba un poco fuerte para mi debilidad. Aunque gracias a Dios nunca me ha faltado el ánimo, a menudo me han faltado las fuerzas físicas. Ustedes conocen mis dolencias: una neurastenia que experimento en todo el cuerpo y especialmente en el corazón, me causa ordinariamente, impresiones muy penosas a la menor conmoción. Juzguen por ello lo que he experimentado en medio de circunstancias tan penosas, incluso para los menos impresionables. Varias veces he pensado que iba a desmayarme, por suerte el alma todavía aguantaba un poco para sostener al cuerpo que sucumbía. Todo esto debe decirles que mi salud no es brillante y que estos días de mi cautiverio son penosos para la naturaleza. No vayan a sacar la conclusión de que soy desdichado. Puedo decirle, mi muy amado Padre, que nunca en mi vida he sido tan feliz. He experimentado lo bueno que es el Señor y la ayuda que da a los que prueba para gloria de su nombre. Incluso he entendido un poco, después de probarlo, el *superabundo gaudium in tribulatione* de san Pablo. ¿No es verdad, Padre, que a los ojos de la fe no hay que compadecerse de nosotros? En cuanto a mí, me siento muy honrado de sufrir por la religión de Jesucristo. No me veo en absoluto como un preso político; no quiero tener otra política que la de mi Salvador Jesús. Por tanto, me siento santamente orgulloso de encontrarme siguiendo

el camino de tantos confesores gloriosos que han dado testimonio de Jesucristo. Pienso en el glorioso apóstol Pedro en la cárcel Mamertina: todos los días beso con amor un facsímil de sus cadenas que me siento feliz de poseer. Pienso en el gran san Pablo, al leer sus sufrimientos en los Hechos y en las Epístolas; lo que yo sufro no es nada en comparación: es mucho para mí porque soy débil. Paso revista a tantos otros santos y santas que son alabados por haber sufrido lo que yo sufro -y me pregunto entonces por qué no me sentiría yo feliz con lo que ha hecho la felicidad de los santos-. Las fiestas de cada día también me ofrecen ánimos; ¿cómo quejarse leyendo el oficio de san Atanasio: Y hoy, 3 de mayo, ¿cómo no estar contento de llevar un poco de la cruz cuyo triunfo se celebra? Pienso en la Congregación, cuyos miembros rezan todos por nosotros; pienso sobre todo en usted, muy amado Padre, que sufre tanto como nosotros por nuestros sufrimientos. Estoy muy contento de ocupar su lugar aquí y de saber que está a salvo: puede consolar a la familia y dirigirla. Trato de unirme al santo sacrificio celebrado en nuestras capillas, a los adoradores y adoratrices que nos remplazan a los pies del santo tabernáculo. Me he orientado, como Daniel se volvía hacia Jerusalén, hacia los santuarios de la Casa-Madre y adoro con los miembros de la familia que todavía están allí, ¡por desgracia en la cautividad!"¹³.

¹³ "Carta del P. Ladislav Radigue al Superior General, Sylvain Bousquet" (París, prisión de Mazas, 3 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 670-671.

El Superior General, padre Sylvain Bousquet desde Versailles, le respondió en una carta del 14 de mayo de 1871, que lamentablemente nunca llegó a manos del padre Ladislas Radigue. En su respuesta, habla como hombre de fe: se hace eco de lo que significa ser hijos de la cruz en estas circunstancias y anima al P. Radigue a aceptar el desprecio y hacer ofrenda de su vida, como última confesión de fe en Jesús vencedor de la muerte, como testigo de su amor hasta el final. La profundidad de este intercambio se convierte en fuente de consuelo, de felicidad y de aliento mutuo en la fe que cada uno está llamado a profesar. El Superior General se atreve a pedir una sola cosa al padre Ladislas, que aunque debe morir se acuerde de él en sus oraciones.

“Mi muy íntimo amigo:

¡Cómo expresarle todo el consuelo que me ha aportado su carta del 3 de mayo! ¡Cuánto agradezco a Nuestro Señor los sentimientos que le inspira y las gracias que le concede en su calabozo! En medio de mis penas, encuentro un alivio en sus palabras. Ruego sin cesar a los divinos Corazones que le sostengan, que le fortalezcan, hasta el término de la prueba. No sabemos cuándo finalizará. ¡Ay! ¡Aún no nos atrevemos a prometernos que el fin de nuestros males esté próximo!

Ánimo padre, amigo mío; no sé lo que Dios le reserva. Si es llamado al martirio, ¡alégrese! No se tiene dos veces la oportunidad de morir con la muerte de los mártires. Le envidio y a menudo deseo tomar su puesto de honor. Sin duda la naturaleza sufre en más de un sentido; pero la

fuerza de Jesucristo, aparecerá en su debilidad. Vencerá en aquel que ha vencido al mundo.

No cesamos de orar por usted. Cada día ofrezco el santo sacrificio por usted y por los miembros cautivos de la familia. Me uno a sus dolores y comparto en espíritu su cautividad.

Adiós, querido amigo, escríbame si puede. Le abrazo, como lo amo en Dios, con todo mi corazón. Si muere, acuérdesse de mí que me quedo en medio de la tempestad”¹⁴.

¿No es también nuestro consuelo saber que nuestros hermanos y hermanas en la comunión de los santos rezan por todos nosotros?

¹⁴ “Carta del Superior General, P. Sylvain Bousquet al P. Ladislav Radigue” (Versailles, 14 de mayo de 1871) en *Annales de la Congrégation des Sacrés Cœurs*, T. 1 (1872-1873), 17-19.

POLYCARPE TUFFIER SSCC

Desde Mazas, escribe cartas a su primo Charles Tuffier. En sus cartas narra día a día los acontecimientos que jalonan sus largos días en prisión, separado de todos y aislado. Abre también su corazón y deja ver su camino interior, la maduración de sus sentimientos, su visión de la situación política del país e incluso la fe que le sostiene.

En el crisol de sus horas de aislamiento e incertidumbre, se siente paradójicamente acompañado por su familia de origen y por sus hermanos y hermanas de congregación y con la certeza indefectible del amor de Dios, bendice “a las poblaciones” insurgentes.

30 de abril

“Dios mío, que favorable es Mazas para una meditación sobre la Pasión de N. S.”.

2 de mayo

“Esta tarde, tres semanas que estamos en cautiverio: Señor, ¿cuándo será el final? [...]. Es una persecución religiosa y no política y, en este sentido, cabe esperar todo” [...].

9-10 de mayo

“Espero, pues, que me escriba pronto y tan a menudo como sea posible. No estoy enfermo, pero sufro tanto por esta existencia en una celda que no tengo apetito y doy una porción de mi carne a los pobres. El hombre no vive sólo de pan; mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo.

Que mi querida prima no me traiga *el Vengador*, ni *el Grito del Pueblo*, sino *el Monitor Universal*. ¡Oh Dios! Se pervierte a las poblaciones y matándonos, ¡creen que hacen bien! Perdónenlos, no saben lo que hacen. Los periódicos moderados por fin explican bien todo esto [...].

¿Cuándo terminará nuestro cautiverio? pero he tomado la resolución de no quejarme más [...].

Como tú bien dices, Charles, el único que puede sacarnos de esto es Dios, sí, seguro, pero hagan lo que hagan, no podrán arrancarnos el amor de Dios y las bendiciones para ellos. Pidámosle, pues, que venga en nuestra ayuda”¹⁵.

¹⁵ “Cartas del P. Polycarpe Tuffier a su primo Charles Tuffier” (París, Mazas, 30 de abril, 1 de mayo, 9-10 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 674-677.

MARCELLIN ROUCHOUZE SSCC

En la carta a su prima, la Sra. Magnin, le comunica sus impresiones sobre el trato recibido en la cárcel y luego sobre su recorrido interior, jalonado de silencio y de una fe que se hace espera y confesión de alabanza a la voluntad de Dios en la adversidad y la incertidumbre:

“Cada día hay una hora de paseo solitario en un pequeño patio triangular para cada uno de los veinte detenidos a la vez; hay un vigilante en el interior. Con este sistema, Mazas es para mí una verdadera escuela del silencio, donde perfeccionaré mi gusto por la filosofía.

Por lo demás, sería un error quejarnos de los empleados, ya sean superiores o subalternos; unos y otros están llenos de corrección hacia nosotros, ni la menor palabra fuera de lugar.

Uno de nuestros padres jóvenes, de origen holandés, después de haber pasado seis días con nosotros, ha obtenido su excarcelación por medio del encargado de los asuntos de Holanda: nos ha escrito una carta a cada uno para informarnos que le fue imposible retirar sus efectos de nuestra casa, ya que está ocupada, así como las demás comunidades de la Rue de Picpus, por la Guardia Nacional, y que nadie puede entrar ni salir.

Mientras tanto, estoy preso desde hace 26 días. La santa y adorable voluntad de Dios se cumpla en todo y en todas partes”¹⁶.

¹⁶ “Carta del P. Marcellin Rouchouze a la Sra. Magnin” (París, Mazas, 8 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 683.

FRÉZAL TARDIEU SSCC

La idea de la última carta dirigida al Sr. Decordey le vino a la mente como una distracción. Con un poco de humor, Frézal se da cuenta de que el recuerdo de los amigos, en estas circunstancias, se convierte en una especie de salvavidas que le ayuda a no hundirse en las horas solitarias.

“No tengo nada en particular que decirle; pero la idea de escribirle me ha venido y no he dudado en cogerla al vuelo; es una buena y muy agradable distracción para un preso poder hablar un instante por escrito con sus amigos”¹⁷.

Pero entre las oraciones que escribía, se ha encontrado una, compuesta 7 años antes de su encarcelamiento, en la que pide al Señor la gracia de tenerlo dispuesto para la posibilidad del martirio. Esta gracia no es un don repentino, sino que se recibe, destilada poco a poco en la amistad cultivada con el Señor en la celebración y la adoración eucarística, madurada en una vida entregada diariamente al servicio de los hermanos y de las hermanas, especialmente de los miembros sufrientes del cuerpo de Cristo.

¹⁷ “Carta del P. Frézal Tardieu a M. Decordey” (París, Mazas, 15 de mayo de 1871) en *Positio super Martyrio*, 685.

Una gracia que puede sobrevenir de manera sorprendente, pero secretamente esperada, como para los siervos que esperan el regreso de su Señor: “Bienaventurados aquellos siervos a los que el amo a su llegada encontrará velando” (Lc 12,37).

Concluamos, pues, con esta oración escrita por Frézal Tardieu y hagamos nuestras sus palabras, uniéndonos a él y a nuestros hermanos y hermanas que tanto ayer como hoy en el mundo, sufren a causa de su fe en Jesús, a causa de su amor efectivo a los más pobres, de su esperanza en un Dios que está con los artífices de paz y los hambrientos de justicia:

“Aquí estoy, oh Dios mío, para hacer vuestra voluntad; grabad vuestra ley santa en medio de mi corazón y hacedme la gracia de cumplir siempre lo que os agrada. Oh Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, mi Dios y mi Todo. Os adoro y os doy gracias por los beneficios de mi creación, de mi vocación a la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María...

Postrado ante Vos, oh Dios mío, y cubierto de la sangre de vuestro Hijo, yo os ofrezco y os consagro todo lo que tengo, todo lo que soy, mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis dolencias, mis enfermedades, mis bienes, mi reputación, mi vida. Vos me lo habéis dado todo, y yo os lo devuelvo todo para ser empleado en vuestra gloria y en la salvación de mi prójimo.

Concededme por intercesión de la B.V. María, la gracia ... de hacer siempre vuestra santa voluntad. Haced que llegue a la perfección de mi vocación según el espíritu de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, para que mi alegría sea perfecta. Dadme buena voluntad, firme y perseverante y una profunda paz. Haced que, caminando siempre en vuestra presencia, os encuentre en todas las cosas y concédeme tender constantemente a Vos por amor y por agradecimiento, y llegar a Vos por la palma del martirio para que pueda alabaros, bendeciros y cantar eternamente vuestras misericordias. Amén”.

PARA CONTINUAR NUESTRO CAMINO

En 1843, poco antes de instalarse en París, el joven Karl Marx publica la introducción a *Para una crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. Intelectualmente, allí ajustaba sus cuentas con una forma de religión que relegaba hacia el más allá, hacia los cielos, el triunfo final de la justicia, la justicia para los oprimidos; esta forma de religión no se interrogaba sobre las causas de la opresión que pesaba sobre amplios sectores obreros para transformarlos desde ahora y favorecer así condiciones más justas e igualitarias para todos. Marx concluía de esta manera que la religión es una fuente de alienación para estos oprimidos, es “¡el opio del pueblo!”.

Sin embargo, esta conclusión iba precedida de una descripción de lo que esta forma de religión desvelaba de forma indirecta: su papel en el mundo y su manera de dar cauce a las aspiraciones más profundas de las criaturas oprimidas; “la religión es el suspiro de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón y un estado de cosas sin espíritu”.

En efecto, esta forma de religión seguía transmitiendo una firme esperanza a los que soportaban la carga de las diferentes formas de opresión y los hacía seguir adelante, a pesar de todo, “en este valle de lágrimas”. Sin embargo, algo esencial para el cristianismo se había perdido en el camino. El autor de la *Carta*

a *Diogneto* (120-210 d.C.) lo recuerda describiendo así el lugar que la fe en este Dios revelado por Jesús asigna a los cristianos en el mundo: “Lo que el alma es en el cuerpo, los cristianos lo son en el mundo”¹⁸.

En efecto, por una parte, Dios no contempla de lejos la marcha de la humanidad, esperando el fin de la historia para la resolución de las graves contradicciones que la abruman. En Jesús, Dios se hace Dios-con-nosotros y el hombre-para-todos nosotros. La fuerza de sus promesas se verifica “hic et nunc”, cuando su obrar y después el de sus discípulos en su seguimiento, cuida de las heridas de los hombres y de las mujeres, levanta a los oprimidos, alimenta a los hambrientos.

Por otra parte, para cumplir sus promesas, Dios cuenta con la capacidad de los hombres y de las mujeres para hacer el bien en el seno de toda la humanidad: gracias a su inteligencia y a su empatía, los sufrimientos de los demás se convierten en suyos; denunciando también las construcciones sociales que producen estos sufrimientos, suscitan, con su acción solidaria, recursos humanos y espirituales ocultos en cada uno y en toda cultura. Estos hombres y mujeres, inspirados por Dios, han podido crear así formas de vivir juntos, donde la paz y la justicia se abracen en adelante. Cuando el cristianismo olvida estas dimensiones

¹⁸ “*Carta a Diogneto*” VI, 1 [Introduction, édition critique, traduction et commentaires de Henri Irénée Marrou] Éditions du Cerf (*Sources Chrétiennes*, 33 bis), París 1965, 65.

esenciales, no revela más que el suspiro de los oprimidos, como un mundo que ha perdido su corazón y su espíritu.

Ha habido y hay todavía discípulos de Jesús, enamorados de su modo de amar, disponibles para seguir amando y sirviendo incluso en las condiciones más difíciles. Como Jesús, se acercan a los pobres y a los abandonados; toman sobre ellos una parte de sus sufrimientos. En esta cercanía se dan cuenta de que el Señor ya los precede y actúa de forma discreta y eficaz en el corazón de cada uno. El encuentro y el contacto con los heridos de la vida es lo que les hace descubrir que Jesús, por su Espíritu, está ya en medio de ellos. El Dios que está del lado de los hambrientos y de los sedientos de justicia es el que los reúne y los hace caminar juntos. Por fidelidad a este Dios hambriento y sediento de justicia, entregándose al Señor hasta el fin, estos discípulos permanecen en las brechas que rompen la humanidad. Con Jesús vendan a los heridos, les ayudan a descubrirse hermanos y hermanas, hijos e hijas, bien amados por Dios. Como Jesús, están dispuestos a pagar con su vida, si es necesario. El corazón compasivo de Jesús late así en un mundo sin corazón. La sangre viva de Jesús y de los miembros de su Cuerpo, sus mártires, irriga el corazón del mundo.

